

La “cultura” del insulto

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6, 45). Vivimos tiempos en los que las palabras duelen más que los hechos. Basta asomarse a los debates públicos, a los comentarios en redes sociales o incluso a las conversaciones cotidianas para percibir un clima enrarecido: la ofensa se ha vuelto costumbre, el insulto se ha normalizado y la agresividad se confunde con la franqueza.

Cada día se siembra desprecio desde los micrófonos, los titulares o las pantallas. Personas y grupos se reducen a etiquetas; la ironía se usa para humillar, y el diálogo se sustituye por el ruido. Esta “cultura del insulto” no sólo empobrece el lenguaje: hiere el alma colectiva. Cuando ya no escuchamos, cuando sólo respondemos para vencer y no para comprender, dejamos de reconocernos como comunidad.

Los estudios sobre convivencia muestran que esta violencia verbal no se queda en las redes: contamina la vida escolar, familiar y eclesial, donde los jóvenes aprenden a gritar más que a dialogar, a reaccionar más que a razonar. El resultado es una sociedad crispada, donde el otro no es un interlocutor, sino un enemigo.

La Biblia nos recuerda que la palabra humana tiene capacidad de crear o de destruir. Los profetas lo sabían: “En su boca no hay sinceridad, su corazón es perverso; su garganta es un sepulcro abierto, mientras halagan con la lengua” (Sal 5, 10). Y Jesús lo dirá con claridad: “En verdad os digo que el hombre dará cuenta en el día del juicio de cualquier palabra inconsiderada que haya dicho” (Mt 12, 36). Por eso, cada insulto, cada humillación pública rompe algo del tejido social y de la comunidad eclesial.

El profeta Isaías decía: “El Señor me dio lengua de discípulo, para saber decir al abatido una palabra de aliento” (Is 50, 4). Esa es la tarea pendiente de nuestro tiempo: recuperar la palabra como servicio, no como combate. No se trata de callar lo que pensamos, sino de decirlo con verdad, respeto y compasión. El Evangelio no nos pide suavizar la verdad, sino pronunciarla sin herir.

En una sociedad que premia el sarcasmo y la descalificación, la comunidad cristiana está llamada a ser un espacio de palabra limpia y dialogante, donde se escuche antes de responder y donde se corrija sin humillar.

Cada vez que escuchamos el Evangelio o decimos “amén”, nos comprometemos a que nuestra palabra sea también alimento, no veneno. Si nuestra sociedad sufre por el insulto, la mentira o la manipulación, la Iglesia ha de ser escuela de escucha, donde la comunicación sea reflejo del amor de Dios: un amor que se expresa, se acoge y se dona.

No todo está perdido. Hay jóvenes que buscan nuevas formas de expresarse sin odio; hay educadores, periodistas, catequistas y comunidades que intentan sanar el lenguaje público desde la palabra justa, paciente y empática. Ellos son los nuevos profetas: los que siembran diálogo en tierra hostil. Recuperar la palabra es recuperar la humanidad. Porque una sociedad que ya no se escucha está enferma; pero una que aprende de nuevo a hablar con respeto, empieza a curarse. “Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen” (Ef 4, 29).